

Cementerio: lugar de memoria y museo al aire libre. Educación patrimonial en el ámbito escolar

Jenny González Muñoz¹

DOI: <http://dx.doi.org/10.4025/rbhranpuh.v10i29.37212>

Resumo: El presente artículo pertenece a una propuesta en desarrollo, expresado con el objetivo de mostrar la importancia de incluir en la escuela el estudio del cementerio como lugar de memoria y museo al aire libre que permita comprender perspectivas del arte y simbolismo como sentido de pertenencia social hacia su salvaguarda, conservación y preservación. La metodología cualitativo-interpretativa con observación directa, apoyo fotográfico y documental aborda el rol protagónico del cementerio como espacio común cultural, lugar de memoria (tomando las palabras de Pierre Nora) que busca recordar al que murió en los que viven, para su perpetuidad. Narra el desarrollo social de la localidad a la que pertenece desde monumentos memoriales susceptibles a ser admirados y estudiados contribuyendo al impulso de la salvaguarda, conservación y preservación del patrimonio cultural material, siendo la educación en la escuela elemento de sensibilización hacia el cementerio como lugar de la identidad de sus habitantes.

Palavras-Chave: Educación patrimonial; cementerio; arte; historia.

Cemetery: place of memory and museum in free air. Patrimonial school education

Abstract: The present article belongs to a proposal in development, expressed with the aim of showing the importance of including in the school the study of the cemetery as a place of memory and free air museum that allows to understand perspectives of art and symbolism as a sense of social belonging towards Its safeguard, conservation and preservation. The qualitative-interpretative methodology

¹ Cursante PNPd-Capes, Postdoctorado en Historia por la Universidad de Passo Fundo, Brasil. Doctora en Cultura y Arte para América Latina y El Caribe, Universidad Pedagógica Experimental Libertador, Venezuela. Magister en Memoria Social y Patrimonio Cultural, Universidad Federal de Pelotas, Brasil, con beca en Demanda Social – Capes. Docente e investigadora en cultura material e inmaterial, arqueología, estudios de las religiones, desde al ámbito interdisciplinar. E-mail: jenny66m@gmail.com

with direct observation, photographic support and documentary approaches the protagonist role of the cemetery as a common cultural space, place of memory (taking the words of Pierre Nora) that seeks to remember the one who died in those who live, for its perpetuity. It narrates the social development of the locality to which it belongs from monuments susceptible to be admired and studied contributing to the impulse of the safeguard, conservation and preservation of the material cultural heritage, being education in the school element of awareness towards the cemetery as place of the identity of their habitants.

Key-Words: Heritage education; cemetery; art; history.

Cemitério: lugar de memória e museu no ar livre. Educação patrimonial no âmbito escolar

Resumen: Este artigo é parte de uma proposta em desenvolvimento, e tem como objetivo demonstrar a importância de incluir na escola o estudo do cemitério como um lugar de memória e museu ao ar livre, que permite a compreensão de diversas perspectivas da arte e seu simbolismo, bem como o sentido de pertença social para sua proteção, conservação e preservação. A metodologia qualitativo-interpretativa com observação direta, acervo fotográfico e apoio documental servem para abordar o papel principal do cemitério como um espaço cultural comum, lugar de memória (tomando as palavras de Pierre Nora) que procura lembrar quem morreu por aqueles que ainda vivem, visando a perpetuidade. Narra o desenvolvimento social da localidade para a qual pertence a partir de monumentos memoriais suscetíveis a ser admirados e estudados, contribuindo para a conscientização para a proteção, conservação e preservação do patrimônio cultural material, e a educação escolar como elemento de sensibilização em relação ao cemitério como um lugar de identidade de seus habitantes.

Palabras-Clave: Educación patrimonial; cemitério; arte; história.

Recebido em 23/04/2017 - Aprovado em 14/04/2017

¡Tanto amor y no poder nada contra la muerte!
Masa, César Vallejo

Muchos son los estudios sobre la memoria en sus diversas manifestaciones, que se han venido desarrollando a lo largo de los años siguiendo los estudios de Maurice Halbwachs², quien explica sus disquisiciones con ejemplos cotidianos vividos

²² Sociólogo francés (1877- 1945) quien desde su propia perspectiva individual e incluso frente a su entorno en los años cuarenta del siglo XX cuando estaba en pleno auge la Segunda Guerra Mundial, desarrolla una gama importante de estudios respecto a la memoria, que solo

por el hombre³, aseverando que éste nunca está completamente solo, porque cuando él está sentado en un banco de parque sin nadie más, está acompañado por sus recuerdos; de ese modo, el humano es un ser que está en constante contacto con parte de su pasado, lo cual incluye otras personas, lugares y situaciones. Así, en ese entretejido de recuerdos el hombre, como ser social, no solo tiene recuerdos propios, individuales, sino compartidos con los otros. En este caso, se está hablando de la memoria colectiva, que es un cúmulo de recuerdos pertenecientes a distintas personas sobre un mismo hecho, lo cual supone, obviamente, la existencia de innumerables perspectivas sobre un tema común, ya que no todos los implicados recuerdan igual un hecho que le es semejante.

Posteriormente, Jöel Candau (2012) expone su posición acerca de las teorías de Halbwachs aseverando que si bien es cierto que un mismo grupo social puede tener recuerdos sobre un hecho que les es común, esa diferenciación de perspectivas puede llevar también a la existencia de una memoria social, es decir, aquella conformada por hechos que componentes humanos del grupo creen que recuerdan, pero que en realidad no lo hacen. Esto ocurre porque muchas veces de tanto ser repetida la narración de situaciones, bien sea por diferentes vías: oral, escrita, o incluso por imágenes replicadas en los medios de comunicación como por ejemplo, la televisión, cierto componente del grupo asegura (y esto también ante sí mismo) recordar un episodio (o varios) que nunca pudo haber recordado porque no estuvo allí, aún no había nacido, estaba muy pequeño y demás. Se presenta en escena entonces la memoria social, que es aquella aceptada por el grupo, y por ende, compartida. Estas son las teorías que tomaremos en el desarrollo del presente texto para aproximarnos a la llamada necrópolis de la antigüedad occidental, el “camposanto” moderno y contemporáneo, como lugar que alberga estas diversas memorias.

Dentro de esos aspectos está la presencia de la muerte como un estigma del que nadie puede escapar, a pesar de las tentativas de los científicos por alargar el tiempo de vida de las personas, ahora inclusive animales, pero acá cabría traer a estas líneas el viejo proverbio árabe que reza: “lo que está escrito, escrito está” y desde la sabiduría popular preguntarse ¿se podrá alargar, ciertamente, la muerte, o la fecha de ésta ya está marcada por el destino?

terminaría en esa maraña de dificultades trágicas en la historia de la humanidad de la que el investigador no deja de ser víctima, siendo apresado por ser francés y conducido, en 1945, al campo de concentración de Buchenwald donde al poco tiempo fallecería.

³ Se ha de hablar en el presente artículo, de hombre desde el punto de vista biológico, y no antropológico o sociológico.

Al hombre no le es posible adaptar la muerte: ni su técnica, ni su saber han podido jamás hacer retroceder la hora de la muerte, ni penetrar en el interior de su secreto, para resucitar a un muerto. No puede hacer otra cosa que adaptarla mágicamente. (MORIN, 2003, p. 108-109)

La muerte, aunque la humanidad esté en pleno siglo XXI y el alcance de altas tecnologías sea parte de la rutina diaria, continúa siendo la gran interrogante del hombre, en este sentido Edgar Morin dice que “La idea de la muerte propiamente dicha es una idea sin contenido, o, si se quiere, cuyo contenido es el vacío del infinito” (2003, p. 32), de allí la existencia de textos en torno al hecho de la muerte desde diferentes perspectivas, donde la religiosa es la que toma mayor fuerza porque trata del tema del alma, de la eternidad, de la transmutación, de la reencarnación, entre otras, en función de intentar dar respuesta a lo que hay más allá de la no-presencia física; contexto en el cual se hace imperiosa la necesidad de recordar al fallecido, pero dicha necesidad es de quién, ¿del fallecido o del que lo sobrevive?

Ese no saber, no lograr tener la certeza de lo que hay más allá de la muerte, imprime una suerte de miedo, sobre todo instaurado en las culturas occidentales u occidentalizadas, esto por causa de las enseñanzas de la religión católica (en la América Meridional, por consecuencia de la conquista europea) donde priva el sacrificio y el sufrimiento, por los pecados, pero en si no hay una verdad como tal.

Pero quizá ese “miedo” se deba fundamentalmente a la incertidumbre, a lo desconocido: el alma sale del cuerpo y va a un lugar que el humano, por más que lo intente, aún no lo descifra y sigue siendo una total interrogante. Los que han cruzado esa frontera no han vuelto para contar nada y ese es un elemento esencial. El humano entonces, se instala en dos puntos paralelos: acrecentar el rol de tabú frente a su finitud y consagrar lugares para evitar el olvido. En este punto es conveniente preguntarse: ¿olvido de quién? ¿Se dedica esos lugares para albergar los difuntos, para olvidar la muerte o para tener presente su rol inevitable? ¿La tumba es lugar de memoria para el fallecido o para el vivo? (GONZALEZ MUÑOZ, 2015, p. 102)

Sea como fuere, los componentes del cementerio, a saber tumbas, capillas, panteones, nichos y los objetos que se desarrollan estéticamente e informativamente en

ellos, así como el espacio en sí, son sin lugar a dudas memoriales que tienen por objetivo perpetuar el recuerdo, es decir, no olvidar, siendo el principal ingrediente la afectividad, la cual se materializa a través de signos y símbolos eternizados en la piedra en las alegorías de la estatuaria y/o monumento, la palabra en el epitafio y las ofrendas como engranaje con el presente. Ya se ha citado a Morin cuando asevera que en ese trasegar del hombre frente a la muerte desde su imposibilidad de adaptación a su inminencia, solo la magia parece ser la salida, y es precisamente en estos elementos que ésta se presenta, aunada, por supuesto, a la ritualización, que no es otra cosa que la escenificación del mito. Desde lo cual parte la importancia del arte como fragmento de esa magia y el rol de la educación en la escuela desde temprana infancia con énfasis en la enseñanza fundamental, para, desde el entendimiento y la sensibilización hacia el hecho social y cultural, con grandes visos antropológicos, llegar a entender la importancia del cementerio como lugar de memoria colectiva y social que narra y eterniza las afinidades en cada comunidad.

El arte funerario: la muerte no es solamente un acto individual

*Hay cementerios solos,
tumbas llenas de huesos sin sonido
el corazón pasando un túnel
oscuro, oscuro, oscuro,
como un naufragio hacia adentro nos morimos,
como ahogarnos en el corazón,
como irnos cayendo desde la piel al alma.*

Sólo la muerte.

Se abre este aparte con un fragmento del poema del escritor chileno Pablo Neruda que habla de la muerte vista desde el cadáver y el cementerio con severas analogías, y como parte del subtítulo se ha tomado palabras de Phillipe Ariès (1984) pues el acto de fallecer es algo que se comparte, de una u otra forma, con los otros miembros del grupo al que se pertenece, en este sentido, se une al concepto la ritualización y la memoria colectiva de Halbwachs, por ejemplo, en el recuerdo de la ceremonia del entierro de un familiar cercano, frente al mismo por parte de un compañero de trabajo del finado; o la memoria social de Candau en el recuerdo de dicho hecho en el nieto del fallecido de tres años de edad.

Estas teorías sobre los procesos memoriales y su vinculación en el presente tema, obedecen a estructuras netamente culturales, siendo la cultura entendida no solo como “conjuntos heterogéneos de interpretaciones superpuestas, y a veces opuestas [...] sino como un texto con múltiples lecturas tanto en el pasado como en el presente. La cultura material es activamente manipulada para la construcción de la sociedad.” (GHEGGI, 2009, p. 355), tal manipulación tiene razón de ser en aspectos políticos, económicos, devenidos del propio entorno, pues no se puede dejar de lado

el hecho de que el hombre es el único ser capaz de hacer cultura, de construir-se, de transformar-se, frente y con los otros. De manera que en ese proceso es capaz de cambiar sus modos y costumbres en una suerte de evolución continua en el que la auto-observación y el auto-estudio son fundamentales para la consecución de la diversidad, que implica, entre otras cosas, múltiples miradas y aproximaciones hacia un mismo tema; en este sentido, el cementerio es un elemento común en todas las culturas, es decir, el culto a los muertos, de hecho los primeros vestigios desde el punto de vista arqueológico para el estudio de las civilizaciones toma cuerpo en los hallazgos de enterramientos, pues estos espacios constituyen la memoria de una ciudad, de una sociedad, incluso de una época, siendo susceptibles, además, a distintas lecturas que van desde el arte que alberga, la literatura que se inscribe en ellos, hasta la distribución arquitectónica del cementerio en su totalidad.

la cultura de casi todas las civilizaciones desaparecidas sólo la conocemos a través de la muerte, de la tumba, de los rituales. Ofrendas, útiles de viaje, ropas y tecnología que a través del estudio arqueológico ofrecen una interpretación de su concepción del mundo y de su estructuración social. Todos los museos de historia y antropología son museos de la muerte, la memoria de la humanidad convive con los huesos de sus ciudadanos. (CARVALLO, 2008, p. 85)

Por medio de un ejercicio focalizado en el arte llamado funerario en el que se analizará brevemente la estructura y la estatuaría presente en el cementerio, se tomará tres ejemplos de diferentes camposantos en distintos países de América Meridional. El primer ejemplo se muestra en el Cementerio General del Sur, ubicado en la ciudad de Caracas, Venezuela, donde se puede observar la monumentalidad presente en las tumbas y panteones de personajes destacados del país, en el ámbito de la historia nacional militar (héroes), escritores, artistas, políticos, o familias pudientes desde el punto de vista económico⁴, tanto de finales del siglo XIX como del XX y muy mínimamente del siglo XXI⁵, los cuales sobresalen (a pesar del franco deterioro que está sufriendo el camposanto en la actualidad), de las otras tumbas o panteones que albergan personas de clase media y baja, infantes, e incluso las de santos de la creencia popular que se distinguen no por la monumentalidad, porque no la tienen,

⁴ Las “tumbas significativas” de Jesús Martín Barbero, sobre el Cementerio Central de Bogotá.

⁵ Como la tumba de los activistas políticos Robert Serra y María Hernández, asesinados en 2014.

sino por las ofrendas que hacen los fieles creyentes por los milagros o favores recibidos.⁶



Fig. 1. Panteón de la familia de Carlos Yanes. Cementerio General del Sur.

Foto: Acervo de la autora.

En la fig. 1, se observa el panteón de la familia de Carlos Yanes, donde se ha de distinguir, en primer lugar, el modo como está escrito el apellido, lo cual puede remitir un posible origen portugués, pues la manera de escribirlo en español es con “z”; de igual modo hay que destacar la ausencia de fechas, aunque no se descarta la idea de que éstas existieran porque se nota que en la parte frontal de la tumba, es decir, el primer escalón, estuvo una placa con alguna inscripción que fuera removida,

⁶ Este es el caso de la tumba de María Francia, joven excelente estudiante de Derecho que en la víspera de su boda fue mordida fatalmente por una serpiente. A la joven se le atribuye favores a estudiantes por ayudarlos a pasar los exámenes y superar cuestiones relacionadas con lo académico, la escuela, de allí que se le conozca como la Patrona de los Estudiantes. Su tumba está llena de cuadernos, libros, exámenes, ofrendas de agradecimiento.

lo que se puede ser consecuencia del estado de conservación del monumento, tampoco se halla evidencia de epitafio.

Sentada sobre el pedestal del panteón se encuentra la doliente, joven mujer en actitud reflexiva, que al estar “mirando” hacia la tumba, parece estar constantemente pensando en las acciones de los fallecidos a los que cuida, viste un traje largo con la cintura amarrada, parte del cual está recogido sobre las rodillas, las manos entrelazadas reposan sobre la rodilla izquierda, y en la parte inferior de la obra se observa el detalle de las uñas y dedos de uno de sus pies descalzos. A esta alegoría neoclásica, que por sus características debe estar ubicada a finales del siglo XIX o muy inicios del XX, no la acompaña otro tipo de representaciones como palmas, flores, etc., muy comunes en este tipo de estatuaría. En otro orden de ideas, en este aparte es pertinente hacer notar un elemento superpuesto de la época contemporánea, como es la colocación de la representación de un *orixa* de la santería⁷, el cual está hecho en piedra con incrustaciones de semillas y cabello natural, siendo ubicado justamente debajo del pie de la doliente. Lo cual implica la multiplicidad de creencias y prácticas religiosas que hacen “vida” en dicho cementerio, transformándolo también, en lugar de escenificación de varios rituales que no necesariamente son consentidos ni compartidos por el grupo.

El trabajo artístico de esta tumba puede generar una lectura sobre el tipo de arte al que pertenece la figura, según la época y el contexto cultural de la Caracas del momento, a qué clase social pertenecían las persona allí enterradas, la ausencia de texto literario, todo en relación a la estructura del cementerio y el entorno donde está ubicada la pieza, la ausencia de ofrenda en el memorial, la presencia de un elemento externo superpuesto perteneciente a otra creencia, a lo que habría que agregar el estado de conservación de la obra y el panteón.

Cuando una persona o grupo erige un monumento funerario lo que hace es extender la memoria del ausente más allá de la propia vida. Es decir, el recuerdo del difunto perdura más allá de la vida de sus contemporáneos, y es por eso que el monumento simboliza la prolongación de la vida (VÁZQUEZ y CORRAL, 2004, p. 19).

Tal como expresa Ariès (1984) la muerte no es algo individual, pues de una u otra manera se “comparte” con el grupo, el acto de morir a lo largo de los tiempos ha pasado por transformaciones en las que destaca el hecho del fallecimiento en la casa,

⁷ Sistema de creencias que se desarrolla en Venezuela que une santos de la religión católica, santos populares y espíritus yoruba.

en el cuarto solo con la compañía de los más cercanos, hasta la muerte como una suerte de acto público con la incorporación del hospital como espacio para morir, muy común sobre todo en las sociedades contemporáneas. Aun así la muerte trasciende al hecho como tal, pues al erigir lugares para recordar (desde los vivos) y ser recordado (desde el fallecido) se está socializando, compartiendo con el grupo, suprimiendo una posible individualización del morir. Tanto es así que hoy en pleno siglo XXI estamos recordando a Carlos Yanes y su familia, fallecidos hace varios años, por medio de la observación de su panteón.

Otro ejemplo interesante es el que se muestra en la fig. 2, perteneciente al Cementerio del Saucito, de San Luis Potosí, México, monumento que destacamos por su gran parecido con el anteriormente señalado. Se trata de la tumba de José María Aguirre Fierro (abogado fallecido en 1906), la cual contiene la alegoría de una doliente sentada, prácticamente igual a la mostrada en la fig. 1, con la misma actitud y “mirada” dirigida al lugar donde yace el finado que ella cuida, pero con la incorporación de elementos como el libro (que le sirve de respaldar), la pluma con la que se escribe (¿la memoria?), la palma, como simbolización del paraíso, a los lados las flores, que significan cariño y honra más allá de la muerte.



Fig. 2. Monumento de la tumba de José María Aguirre Fierro. Cementerio del Saucito, San Luis Potosí, México. Fuente: VÁZQUEZ SALGUERO y CORRAL BUSTOS, 2004, p. 132.

Acotan Vázquez Salguero y Corral Bustos que la doliente de la tumba citada está sentada al pie del retrato del finado, lo cual puede ser la simbolización de un diálogo que remite la eternidad y el recuerdo de los logros de su vida. Según estos especialistas las dolientes representadas en dicho cementerio en su mayoría son mujeres adolescentes, aunque se nota un número de varones, pero en una proporción mucho menor.

La juventud es, en estos casos, símbolo de la fe y gratitud, pues la primera constituye un don del cielo, perenne y bello, y la segunda significa que el recuerdo de gratitud por un favor recibido no envejece jamás en un alma agradecida. (2004, p. 135)

El estudio de ambas piezas, cada una desde su lugar de ubicación, y desde su entorno cultural e histórico permite ampliar los conocimientos acerca de las sociedades latinoamericanas, además apunta a la indagación sobre el estilo de arte presente durante el siglo XIX y primeras décadas del XX, concretamente aquel localizado en los cementerios monumentales, y cómo esos lugares reflejan las memorias colectiva y social hacia la identidad cultural. Al hablar de los retratos de personalidades esculpidos para la tumba, con el objetivo de resaltar sus logros militares y políticos, los investigadores mexicanos ya citados infieren que “perpetuar este reconocimiento en la memoria colectiva después de la muerte se volvió algo trascendental” (2004, p. 131), de allí que sean representados con traje militar u otra ropa característica de su oficio o profesión. Lo cual conlleva a otra lectura de lo presente en el cementerio, esta vez desde la perspectiva netamente socio-económica de la ciudad.

El tercer ejemplo es la fig. 3, y se sitúa en el Cementerio Vera Cruz, de la ciudad de Passo Fundo, Brasil, en el que se destaca la tumba de Oscar Pinto de Moraes, donde se observa como fecha de nacimiento 19-1-1876 y de fallecimiento 20-9-1920 y un epitafio que expresa “Homenaje de tu hermano Miguel”⁸.

⁸ En el texto original: “Homenagem de teu irmão Miguel”



Fig. 3. Monumento de la tumba de Oscar Pinto de Moraes, Cementerio Vera Cruz, Passo Fundo. Foto: Acervo de la autora.

El monumento es una doliente en actitud de alma, pues tiene una de sus manos sobre el pecho, simbolizando humildad y agradecimiento (VÁZQUEZ SALGUERO y CORRAL BUSTOS, 2004), dicha doliente es una mujer joven que está parada a los pies del pedestal sobre el que reposa la cruz, lleva un traje largo cuyo “movimiento” de la falda semeja un lento caminar para posarse en el lugar del cuidado eterno, su cabeza baja dirige su “mirada” hacia la fotografía del difunto y el lugar mismo donde reposa el cuerpo, en su mano izquierda lleva una larga palma, como símbolo del paraíso y el descanso eterno. Sobre el pedestal a su lado está una cruz latina hacia lo alto, señalando los cuatro puntos cardinales, la resurrección y la vida eterna en la gran palma inscrita en la propia cruz, esperanza en el reino de los cielos. “La cruz significa meditación y abstracción en cuestiones religiosas o penitencia; significa también religión entendida como un culto que se rinde a la divinidad del cristianismo se vuelve su atributo distintivo y símbolo de salvación, a la que abraza con veneración y respeto” (GRAVELOT y COCHIN apud VÁZQUEZ SALGUERO y CORRAL BUSTOS, 2004, p. 148) Mientras, la fotografía que se

encuentra a los pies de la doliente, está enmarcada con la representación de botones de rosas, siendo esta flor en particular una ofrenda que simboliza el amor eterno, por cierto, recíproco, lo que se hace importante en este caso porque el memorial es de un hermano para el otro. El finado es retratado con traje formal de paltó y corbata, en blanco y negro. Como detalle contemporáneo se nota la presencia de flores plásticas (no se marchitan ni mueren), tanto sobre la tumba como en la mano y brazo (rosas y claveles) de la doliente.

Como se ha visto en estos tres ejemplos, la visita a un cementerio no solo implica la tristeza y el respeto *per se* por ser un lugar configurado para honrar la memoria de los fallecidos, en su diversidad de edades, condiciones, situaciones, pertenencias, y demás, un espacio que nos recuerda a cada paso que todos hemos de morir, que nos pone frente a frente ante la inminencia de la muerte; también es un lugar que retrata y narra la historia de la localidad a la que pertenece, en todos sus estratos, permitiendo reflexionar sobre el sentido de identidad cultural del pueblo o la ciudad, sobre los invisibilizados, las diferenciaciones sociales incluso hasta luego de morir, la visión de la muerte en niños, la clasificación de los nichos (también llamados gavetas), y desde el punto de vista del arte, de la cultura material, la estructura arquitectónica, los monumentos en sus diversos pasos, implicaciones en los diferentes movimientos de la Historia del Arte, las alegorías, la importancia de símbolos y signos; desde la cultura inmaterial la ritualización en las diversas religiones, la diversidad cultural contemporánea, en fin, el cementerio es un sitio antropológico (AUGÉ, 1993) Todo en un solo espacio que desde un abordaje pertinente es de suma significación para llevarlo al estudio en la escuela a nivel inicial y fundamental, también por ser lugar de recuerdo y amor a familiares y amigos que son parte de la memoria colectiva y/o social, siendo asimismo, una suerte de “museo al aire libre”, tal como se verá a continuación.

El cementerio como museo: la visita de la escuela

*[...] tuvimos que enterrar a Tanilo en un pozo de la tierra de Talpa,
sin que nadie nos ayudara, cuando ella y yo, los dos solos,
juntamos nuestras fuerzas y nos pusimos a
escarbar la sepultura desenterrando los terrones
con nuestras manos...*

Talpa, Juan Rulfo

México es escenario cada 1 y 2 de noviembre, de la celebración del Día de los Santos y el Día de los Muertos, la cual obviamente, no es exclusiva de este país, no obstante, se ha de destacar acá por la evolución que ha tenido desde la herencia ancestral hasta su institución en el siglo XVIII, con los cambios lógicos de la época y la nueva cultura. Según Vázquez Mantecón (2015) la celebración del Día de los

Muertos se convirtió en el siglo XVIII y XIX en un mercado donde comerciantes acostumbraban a vender diversos objetos relacionados con la muerte; en las últimas décadas de la época colonial los mexicanos urbanos tuvieron como tradición la visita a los sepulcros, bien estuvieran en el interior o en el exterior de las iglesias o en aquellos ubicados a un lado de los hospitales, con la finalidad (instaurada por la propia iglesia católica) de rogar por el descanso del alma de los fallecidos.

La visitación por parte de los deudos y de los simples curiosos a los sepulcros de los muertos se convirtió en un verdadero paseo a los panteones a lo largo de todo el siglo XIX. A diferencia del hacinamiento y la pestilencia, que se habían vuelto un lugar común en el discurso de las autoridades ya en 1787 al aludir a los entierros en las iglesias y los camposantos coloniales... (VÁZQUEZ MANTECÓN, 2015, p. 11)

Paralelamente a esto, estaba la conmemoración por parte de los sectores deprimidos económicamente hablando, quienes acostumbraban “compartir” ese día con sus difuntos llevándoles comida, licor, etc., de manera que, al esta costumbre irse diseminando a otros sectores sociales, devino en el “mercado” ya mencionado, con la incorporación de una visita, ahora al cementerio, que sirvió también como escenario para lucir las mayores galas en una suerte de opulencia “mortuoria”, que, si se estudia, desde el punto de vista antro-po-sociológico es de alta riqueza conceptual; en este ámbito, además de la comida y el licor, se incorporan otros elementos que con el pasar del tiempo – incluso hasta la contemporaneidad- se hacen tradicionales y exclusivos de dicho día, a saber “comer huesos de azúcar” y “pan de muerto”⁹, además de las otras golosinas como los “bizcochos de muertos” y comidas motivadas. (VAZQUEZ MANTECON, 2015, p. 14)

Es muy interesante el hecho de que en esas tempranas ocurrencias de visitas al cementerio como lugar de recogimiento, de recuerdo y respeto a los muertos, fuera naciendo una mezcla cultural-social siendo éstas luego, paseos acostumbrados para la lectura de los epitafios y, por supuesto, la contemplación del arte presente en los monumentos, reflejados en una estatuaría maravillosa dentro de un lugar lleno de árboles y francamente bien organizado en lo que a estructura se refiere. De modo que,

⁹ Es un pan de trigo sin azúcar ni sal con forma de conejo o pájaro, muy adornado, perteneciente a la tradición indígena y que se horneaba solo para la ocasión de celebración del Día de los Muertos, dicha costumbre ha degenerado en tradición de la cultura mexicana contemporánea, inclusive siendo vendido en panaderías y promocionado, por ejemplo, en programas de televisión del área de la gastronomía.

como se ha visto, la visita al cementerio como lugar de múltiples miradas no es algo nuevo para las sociedades occidentales u occidentalizadas, y si nos viramos a Europa hay varios ejemplos de significación¹⁰.

En el caso del camposanto de carácter monumental la presencia del arte de la estatuaría, pasando por las inscripciones identificatorias y los epitafios, las características de las tumbas, lápidas, nichos, mausoleos, capillas, panteones, hasta la configuración del modelo estructural general, la ubicación de las sepulturas, las simbologías y los rituales que se llevan a cabo en ese espacio, son características que lo hacen ser considerado como una suerte de “museo al aire libre”. Dice Carvallo (2008, p. 85) que “todos los museos de historia y antropología son museos de la muerte, la memoria de la humanidad convive con los huesos de sus ciudadanos”, lo cual no deja de ser del todo cierto, pues dichos espacios son configurados para contar una parte de la historia, desde su interés específico, trayendo a la memoria cuestiones del pasado (también el de carácter contemporáneo), son lugares de revisión e información socio-cultural. Por lo tanto, insertar en la educación inicial y fundamental la visita al cementerio es una excelente herramienta para la enseñanza de los distintos procesos culturales por los que ha pasado su propia sociedad, su propia localidad, incentivando de este modo la indagación a la historia regional y local, en pro del afianzamiento del sentido de pertenencia, es decir, la identidad cultural.

En todo este ámbito la toma de consciencia sobre la importancia del hecho cultural para la construcción y reafirmación de la propia identidad como sociedad debe partir desde el propio docente, pues es él quien tiene en sus manos la responsabilidad de replicar sus conocimientos en sus alumnos e incentivar en ellos la capacidad analítica y la toma de decisiones para las propuestas sobre los bienes culturales, también conocidos como Patrimonio Cultural.

Ya para 1982, la Conferencia Mundial de la UNESCO sobre el Patrimonio Cultural, celebrada en México, expresa que:

El Patrimonio Cultural de un pueblo comprende las obras de sus artistas, **arquitectos**, músicos, **escritores** y sabios, **así como las creaciones anónimas, surgidas del alma popular**, y el **conjunto de valores que dan sentido a la vida**, es decir, las obras materiales y no materiales que expresan la creatividad de ese pueblo; la lengua, los **ritos**, las **creencias**, los **lugares y monumentos históricos**, la literatura, las **obras de arte** y los archivos y bibliotecas.

¹⁰ Para mayor información se sugiere leer *El hombre ante la muerte*, de Phillipe Ariès.

Del texto se ha destacado algunas palabras que vale la pena analizar en relación a la definición, sin dejar de lado el carácter de herencia de cualquier tipo de patrimonio, pues es algo que ha pasado de generación en generación, lo cual *per se* le da un carácter de preservación, en este sentido, aunque desde su óptica de normalización,¹¹ es su aceptación y reconocimiento social lo que le imprime su carácter verdaderamente significativo. Siguiendo la definición citada y ubicándola en el espacio cementerio como “museo al aire libre” se observa el rol del arquitecto para su organización estructural, el escritor porque cada tumba tiene algún texto, que puede ir desde el sencillo de identificación con el nombre completo, tal vez un apodo, la fecha de nacimiento y muerte, hasta el más elaborado epitafio, nunca firmado por su autor, lo cual no siempre ocurre con los monumentos, mas cuando se refiere a las tumbas de estratos sociales bajos muchas veces la decoración funeraria es hecha con motivos populares¹², asimismo se ha de acotar que, aunque un epitafio, un monumento, una figura, provengan de una compra o encargo a una tienda especializada, el sentimiento por la persona cuyo recuerdo se desea eternizar por medio de dicha simbolización no desaparece. El cementerio es un lugar donde continuamente se están llevado a cabo ritos, cada vela encendida, cada flor colocada o sustituida por una nueva, cada limpieza de una tumba, cada plegaria, incluso cada visita son actos ceremoniales, es decir, rituales, que cobran sentido en un escenario de obras de arte, memorias diseminadas entre la piedra y la tierra, objetos que cuentan miles de historias, también aquellas que están allí entre ofrendas, lágrimas y risas. Y la fotografía, importante presencia del finado como mirando desde el más allá al que lo visita, sea familiar o no, como invitando a una conversación en el silencio de la imagería, mientras cada alegoría cuida fielmente del difunto que le fuera encomendado. Lugar de memoria, de relato, de reflejo de una sociedad dentro de una historia en continua transformación.

El cementerio sigue siendo lo que era en el siglo XIX, el lugar tranquilo y poético en el que los muertos son depositados, en que se les visita, el hermoso porque es por el que uno pasea, en el que uno se comunica con la naturaleza. Además, se le convertirá en un lugar de la vida, en un teatro de actividades diversas, a la vez

¹¹ Patrimonio en el sentido estricto del término es aquel bien o manifestación cultural, es decir, material o inmaterial, que tiene un reconocimiento desde la perspectiva legal, bien sea regional, local o de la humanidad, en el caso de la UNESCO, por ejemplo.

¹² En este tema es muy interesante el artículo “El patrimonio funerario en Latinoamérica. Una valoración desde la historia del arte contemporáneo”, de Rodrigo Gutiérrez Viñuales. Publicado por la revista Apuntes, Pontificia Universidad Javeriana, Colombia, vol. 18, n. 1 -2, pp. 70-89, 2006.

museo, centro comercial de arte y de “souvenirs”, lugar de celebraciones serenas y divertidas, bautismos y matrimonios. (ARIES, 1984, p. 497)

Ejemplos contemporáneos de lo acotado por Ariès son el Cementerio de La Recoleta (Buenos Aires-Argentina) y el Cementerio de San Pedro (Medellín-Colombia), entre otros, que cuentan con una maquinaria de visitas guiadas y comercio en torno a las virtudes de estos lugares de memorias y arte.

Pero para que la visita al cementerio tenga resultados eficaces en la escuela, es perentorio llevar a cabo una metodología que contemple su abordaje desde la educación patrimonial, entendida ésta según la definición de Colom (apud FONTAL MERILLAS, 2003), como “la acción educativa sobre los bienes colectivos que nuestra generación posee; bienes heredados o adquiridos, pero que queremos mantener y conservar, puesto que los dotamos de valor, o los consideramos como un valor en sí mismos” (p.86), lo cual focalizado al patrimonio, es decir, bienes o manifestaciones culturales entendidas más allá de los límites de espacio o de tiempo, entendiendo estos como partes que se conforman desde una realidad constituida por la cultural como constructo social y lo natural como entorno espacial que lo soporta, es el escenario que lo hace ser posible.

Al hacer una revisión bibliográfica sobre este ámbito se ha encontrado, entre otras cuestiones, los estudios de Fontal Merillas (2003), donde la autora muestra diversas perspectivas pedagógicas de abordaje enfocado al patrimonio cultural y el patrimonio natural, en este sentido, se ha tomado para el presente artículo algo que nos parece interesante como es las “ausencias” en la educación en España, lugar donde está localizado su estudio, concretamente en Granada, Sevilla y Málaga, donde resalta una organización disciplinar de la educación patrimonial en la escuela y la existencia de un cuerpo teórico para la enseñanza del patrimonio cultural, ya que está “solo cubierto en los documentos por un pequeño desarrollo de la didáctica orientada a presupuestos prácticos” (p. 100), lo cual puede ser aplicable a América Meridional porque tradicionalmente se ha sufrido estas debilidades, ya que se ha realizado un trabajo pedagógico en función de ver lo cultural como un hecho específico vinculado exclusivamente al arte, a saber, educación artística, historia del arte, educación musical, mientras que cuando se habla de educación patrimonial debe ser visto como un todo multidisciplinar, que abarca además, como en el caso específico del cementerio, lo antropológico, lo social, lo histórico, e inclusive lo económico y político.

La educación en el nivel inicial y fundamental debe pensarse hacia la visión patrimonial, debiendo ir, entonces, más allá del aula para indagar en la historia de su comunidad, de su localidad, de su ciudad, desde la multiplicidad de aspectos que abarcan las creaciones del ser humano, lo que incide directamente en la construcción

y consolidación de la identidad cultural y sentido de pertenencia, implicando sensibilización hacia el hecho artístico.

***A modo de epílogo. La muerte va también por el mundo vestida de escoba*¹³**

Como se ha visto, el cementerio siendo la necrópolis de la antigüedad, es un espacio que permite conocer distintos aspectos de la historia de la sociedad que la ha ido creando; como la historia, está en continua transformación y nunca está totalmente acabado, está en una sempiterna construcción. Es un lugar de memoria, a decir en palabras de Pierre Nora, hecho para perpetuar el recuerdo por los difuntos, homenajearlos, ofrendarlos, y enaltecer las acciones buenas de su vida, en una reciprocidad con los que los sobreviven. El cementerio es un soporte de memoria, hecho para no olvidar, y desde esa perspectiva es un espacio que alberga vestigios de la historia de la localidad a la que pertenece, narra sus movimientos culturales y lleva plasmada la materialización de las diferenciaciones en sus sectores siendo capaz de diversificar las visiones en la contemporaneidad, dando paso a nuevos elementos, aunque superpuestos, como en el caso que vimos en uno de los ejemplos.

En todo el ámbito observado, se ha de inferir que la educación inicial y fundamental, debe estar inmersa en el rol de la escuela el hacer ciudadanos participativos, dialogantes, observadores y reflexivos, que con el estudio de la diversidad de elementos que llevan en su espacialidad los cementerios, tanto globalidad como especificidad, lleguen a entender la importancia que tiene el patrimonio cultural y virar sus acciones en pro de su salvaguarda, conservación y protección y de los objetos que forman parte de ellos.

La presencia de la escuela en visita al cementerio, entendido este como un lugar de respeto y recuerdo eterno en homenaje a los muertos, para fines pedagógicos como una suerte de “museo” de libre acceso, y un lugar donde muy probablemente tanto docentes como alumnos tienen filiación por medio de algún finado que allí yace – lo cual también incluye los nichos que albergan cenizas, en el caso de los memoriales contemporáneos¹⁴– es una excelente alternativa para enseñar diversos aspectos de la historia del arte, historia local y/o regional, simbolismo, religiosidad, y crear consciencia hacia la importancia de la memoria para los procesos de identidad cultural. Un sentido de apropiación de lo propio hace más humanas nuestras sociedades, abriendo caminos hacia el respeto al otro, desde la multiplicidad de miradas, viendo la igualdad no como ausencia de diferencias sino desde la horizontalidad. En la contemporaneidad el estudio del pasado desde un presente

¹³ Tomado del poema “Solo la muerte”, de Pablo Neruda.

¹⁴ Por ejemplo, el mismo Cementerio Vera Cruz, de Passo Fundo, en el área nueva llamada Memorial da Paz”.

diferente puede llegar a maximizar el desarrollo de generaciones vigilantes de sus patrimonios, conocedoras de su historia y protectoras de sus bienes culturales.

Referencias

- ARIES, Phillipe. *El hombre ante la muerte*. Madrid: Taurus, 1984.
- AUGÉ, Marc. *Los “no lugares”, espacios del anonimato. Una antropología sobre la modernidad*. Barcelona: Gedisa, 1993.
- CANDAU, Joel. *Memoria e identidade*. São Paulo: Contexto, 2012.
- CARVALLO, Ciro. La memoria de la muerte como patrimonio cultural. In: *Argos*, vol. 25, n. 49, 2008, pp-85-98.
- ELIADE, Mircea. *Imagens e símbolos. Ensaio sobre o simbolismo religioso*. São Paulo: Martins Fontes, 1996.
- FONTAL MERILLAS, Olaia. *La educación patrimonial. Teoría y práctica en el aula, el museo e internet*. Asturias: Trea, 2003.
- GHEGGI, María Soledad. Epitafios. Enfoques teóricos en Arqueología de la Muerte. IN: *Ara*, Posadas, n. 15, dic 2009.
- GONZÁLEZ MUÑOZ, Jenny. Monumentos funerarios para angelitos en el Cementerio General del Sur. Una visión memorial sobre la muerte. IN: *Memória em rede*, Pelotas, n. 13, vol. 7, Jul/Dez, 2015, pp. 97-112. Disponible en: <https://periodicos.ufpel.edu.br/ojs2/index.php/Memoria/article/viewFile/6308/4538> Consulta en 2 abr. 2017.
- MOLINA CASTAÑO, David Esteban. Como en un juego de espejos, metrópolis vs. necrópolis. Una aproximación al Cementerio de San Pedro de la ciudad de Medellín como fuente de reflexión histórica y antropológica. IN: *Boletín de Antropología de la Universidad de Antioquia*, n. 38, vol. 21, pp. 147-172, 2007.
- MORIN, Edgar. *El hombre y la muerte*. Barcelona: Kairós, 2003.
- NORA, Pierre. Entre mémoire et historique: la problématique des lieux. In: NORA, Pierre (orgs.). *Les lieux de mémoire*, vol. 1, La République. Paris: Gallimard, 1984.
- VÁZQUEZ MANTECÓN, María del Carmen. 1 y 2 de noviembre en la ciudad de México, 1750-1900. IN: *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, n. 49, pp. 1-18, 2015. Disponible: www.historias.unam.mx/publicaciones/revistas/moderna/moderna.html Consulta en: 09 sept. 2016.
- VÁZQUEZ SALGUERO, David y Adriana CORRAL BUSTOS. *Monumentos funerarios del Cementerio del Saucito, San Luis Potosí, 1889-1916*. México: Colegio de San Luis, 2004.